

TODA UNA VIDA

Llevo un buen rato despierta esperando a que entre algo de luz por las rendijas de las persianas. Últimamente duermo muy poco. ¡Con lo que yo dormía antes! Lo he hablado con algunos amigos y a ellos les pasa lo mismo, así que no le doy mucha importancia. ¡Será cosa de la edad! Después de repasar muchos temas me he puesto a pensar en cómo ha sido mi vida hasta hoy.

El primer recuerdo que tengo es el de un hombre que me bajaba del coche y me ataba a un árbol. Yo era muy pequeña. Vi como aquel hombre se montaba en el coche y se iba. Empecé a ladrar con todas mis fuerzas para que me oyese ¡Se había olvidado de mí! Pero no volvió. Tan desesperada me sentí, viéndome allí sola, que lo único que se me ocurrió era seguir ladrando y ladrando con la esperanza de que alguien acudiese a ayudarme.

Desde donde estaba podía ver pasar muchos coches y, muy cerca, había una casa donde paraba alguno, de vez en cuando. Como no dejaba de ladrar, los que se bajaban del coche me miraban, pero a ninguno se le ocurría acercarse a ver qué me pasaba. Cuando ya a penas me quedaban fuerzas para ladrar, una mujer salió de la casa y vino a donde yo estaba. ¡Menos mal! Por fin alguien se fijaba en mí.

Aquella mujer fue muy amable conmigo. Me desató del árbol y me llevó a la casa. Me dio un poco de agua, que no me vino mal para mi garganta, y comida que me estuvo buenísima. Empecé a estar más tranquila porque ella no paraba de decirme cosas. La casa tenía muchas estanterías con todo tipo de cosas. La gente que entraba, cogía algo, hablaba con la mujer y me miraban. Supongo que hablaban de mí.

Tanto me tranquilicé que me dormí. No sé cuánto tiempo pasó. Estaba profundamente dormida, cuando noté que alguien me ataba algo al cuello y me despertaba. Eran unos hombres que estaban hablando con la mujer. Me montaron en un coche y nos fuimos. Por la ventana alcancé a ver a la mujer que se quedaba allí diciéndome “adiós” con la mano.

Después de un buen rato viajando llegamos a un sitio que estaba en mitad del campo. Nada más bajar del coche ya oí muchos ladridos. Me metieron en un sitio en el que había muchos perros. Estaba asustada porque algunos eran muy grandes y no paraban

de ladrar y enseñarme sus largos colmillos. Eran los jefes del lugar porque enseguida me di cuenta de que el resto de perros estaban tan asustados como yo o más. Se hizo de noche y poco a poco se oían menos ladridos. Cada uno se buscaba un sitio para echarse a dormir. Tan preocupada estaba, pensando que alguno de aquellos gigantes se acercase y me hiciese daño, que apenas pude dormir. Tenía los ojos bien abiertos y el corazón parecía que quería salirse de su sitio.

Por la mañana, un hombre vino a echarnos algo de comida. Cuando iba a comer, uno de los perros grandes se acercó ladrándome. Renuncié a comer. Sólo comían los más grandes y cuando estaban llenos nos dejaban a los demás, que también nos peleábamos por la poca comida que nos habían dejado. Y así un día, otro día y otro día... Siempre en tensión y asustada. Cada vez me sentía más débil. Llegué a pensar que, si la vida era esto, no valía la pena. Que era un rollo vivir.

Un día, la persona que nos ponía de comer, me puso un collar y me sacó de aquel lugar. Fue la primera vez que os vi. Recuerdo que me sacasteis a dar una vuelta por los alrededores. Todo eran caricias y buenas palabras. Aquello era otra cosa. Y yo, en agradecimiento, intentaba daros mis mejores lametazos.

¡Qué corto se me hizo aquel paseo! Cuando regresamos, pensaba que iba a volver con el resto de perros, pero no fue así. Afortunadamente, ya no volví a aquel lugar que para mí era un auténtico tormento. Me dio algo de pena porque, a pesar de lo mal que lo había pasado, tenía algunos amigos de los que no pude despedirme y ya no los he vuelto a ver.

Me subisteis al coche y me trajisteis aquí, a vuestra casa. Me pusisteis agua y comida ¡sólo para mí! Nadie me intimidaba. ¡Qué contenta estaba! Por la noche tenía una cama ¡sólo para mí! Creo que fue la primera noche de mi vida que pude dormir tranquilamente. Sin duda, la mejor noche de mi vida. Dormí todo lo que quise.

Al día siguiente me sacasteis a dar una vuelta por el barrio. Cerca había un parque que me gustó mucho. Enseguida hice nuevas amistades. Me encanta pasear por este parque, sobre todo porque casi todos los días veo a los amigos. Los primeros días que estuve con vosotros, me encontraba en una nube, no podía creer lo que me estaba pasando. ¡Qué suerte había tenido! Esto sí que era vida y no lo que había conocido hasta entonces. Esto sí que valía la pena.

No puedo olvidar el primer día que me llevasteis al mar. ¡Cuánta agua! Al principio me daba miedo mojarme, hasta que me cogisteis y me llevasteis dentro. Qué fresquita estaba el agua y después del remojón un buen rato al sol. ¡Maravilloso!

Lo que más me gusta es cuando vamos al campo y me dejáis suelta. ¡Qué manera de disfrutar! No os imagináis la cantidad de olores nuevos, plantas, bichitos... En nuestro parque no hay tanta variedad. Cada vez que vamos al campo aprendo algo nuevo. Y aunque veáis que me alejo mucho, tenéis que saber que en ningún momento dejo de veros. Por nada del mundo me podría permitir perderos. Cuando volvemos estoy muy cansada pero muy contenta. Esa noche sí que duermo bien.

Fue todo un detalle, por vuestra parte, ponerme una caja para subirme en la parte trasera del coche. Me gusta mucho ir mirando por la ventana, ver las calles, los paisajes y algunas veces a algún amigo del barrio al que me gusta saludar. Pero no sé por qué, cada vez que saludo a algún amigo parece que os molesta, enseguida me reñís.

Al principio erais cuatro, pero con el tiempo se han ido dos. Precisamente los que más jugaban conmigo y los que más me sacaban de paseo. Ahora vienen de vez en cuando, pero ya no es igual. Juegan menos. Desde que se fueron también salimos menos a pasear. La verdad es que ya voy notando el paso del tiempo. Cada vez me cuesta más bajar y subir las escaleras.

Después de tanto tiempo juntos me gustaría mucho que pudiésemos entendernos. Sería estupendo, porque hay algunas cosas que me gustaría deciros.

No sé si os habéis dado cuenta que cada vez tengo menos dientes y me cuesta más comer la comida que me dais. Esos granos están muy duros y los pocos dientes que me quedan, cada vez se quejan más. ¿Es que no podéis darme de comer algo más blandito?

También os diría que cuando nos vamos a la calle siempre parece que lleváis mucha prisa. Me gusta mucho olisquear los árboles y las esquinas de los edificios. Seguramente no lo entendéis, pero para nosotros es muy importante. Los olores nos dicen muchas cosas. Pues no me dejáis oler tranquilamente, todo son prisas. Además, ya sabéis que los perros somos muy sociables y cuando nos encontramos con algún amigo nos gusta jugar y contarnos cosas. Pero vosotros enseguida tiráis del collar, parece que os molesta estar un rato parados. Por cierto, los paseos son cada vez más cortos, da igual si hace buen día o si está lloviendo.

Parece que ya oigo ruidos. Alguien se ha levantado. Enseguida nos vamos de paseo. Estupendo, porque ya lo voy necesitando.

Bueno, antes de irnos y de dejar de pensar en lo que ha sido mi vida hasta hoy, quiero que sepáis que, a pesar de estas... “quejillas”, sois mis mejores amigos. Os estoy muy agradecida por haberme dado esta vida tan cómoda y haberme hecho sentir como una más de la familia. Lástima que no podáis entenderme.

Nada más levantar las persianas, se cuele un sol que ilumina toda la habitación. Seguro que en la calle hace un día buenísimo. Ya os veo con el collar en la mano. ¡Venga que nos vamos al parque!

Tara